

La inclusión social de los pobres.

La propuesta del Papa Francisco

Mons. Atilano Rodríguez Martínez*

Resumen

El autor, Obispo delegado de la Comisión Episcopal de Pastoral Social para Cáritas Española, siguiendo el método de la Revisión de vida (caracterizado por los tres momentos del ver-juzgar-actuar) ofrece una propuesta –a partir del Magisterio del Papa Francisco y, en particular, la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*– sobre una acción evangelizadora de la Iglesia que favorezca la inclusión social de los pobres. Partiendo de un análisis de la realidad (I), en el que constata fenómenos como la economía de exclusión y la globalización de la indiferencia, presenta la posición de la Iglesia al respecto (II), apostando por recuperar, entre otros aspectos, la dimensión evangelizadora de la caridad y la opción preferencial por los pobres. El artículo se concluye presentando seis posibles líneas de la acción propiamente eclesial que contribuirían a la inclusión social de los pobres (III), así como la labor que la Iglesia –en diálogo con otras instituciones (religiosas, sociales, políticas y empresariales)– puede ofrecer para favorecer la erradicación de la pobreza y la inclusión de los pobres (IV).

Palabras clave: Pobreza, Papa Francisco, Iglesia, evangelización, caridad, inclusión social, *Evangelii Gaudium*, opción por los pobres.

Abstract

The author, Bishops Delegate of the Episcopal Commission for Pastoral Social of Caritas Spain, following the Method of the Review of Life (characterized by the three moments of See-Judge-Act), proposes an evangelizing action of the

* Licenciado en Teología Dogmática por la Pontificia Universidad de Salamanca. Obispo de Sigüenza-Guadalajara y miembro de la Comisión Episcopal de Pastoral Social, de la que es Obispo Delegado para Cáritas Española.

Church –according to the Magisterium of Pope Francis, especially the Apostolic Exhortation Evangelii Gaudium- which favours the social inclusion of the poor. Based on an analysis of reality (I), in which he observes phenomena like the economy of exclusion and the globalisation of indifference, he introduces the Church’s point of view on this (II), and her effort to regain, among others, the evangelizing dimension of charity and the preference for the poor. The article concludes indicating six possibilities for future ecclesial actions that will contribute to the social inclusion of the poor (III), and the work the Church can offer –together with other institutes (religious, social, political and business)– in favour of the eradication of poverty and the inclusion of the poor (IV).

Keywords: *Poverty, Pope Francis, Church, evangelization, charity, social inclusion, Evangelii Gaudium, option for the poor.*

INTRODUCCIÓN

El primer documento que publica un Papa suele tener un carácter programático y, por tanto, en el mismo se proponen las líneas maestras y las directrices de su pontificado. Sin embargo, esto no ha sucedido con el papa Francisco.

Como todos sabemos muy bien, su primer documento importante fue la Encíclica *Lumen fidei*, publicada el día 29 de junio de 2013. Pero, en este escrito, como él mismo reconoce, solamente se recogen algunas aportaciones suyas. El contenido central de la Encíclica es obra de su predecesor Benedicto XVI.

Teniendo esto en cuenta, podemos afirmar que el primer texto magisterial del papa Francisco en el que se recogen las líneas maestras de su pontificado, incluso con el deseo y el propósito de que se extiendan en el tiempo más allá del mismo, es la Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*. En ella aparecen las inquietudes evangelizadoras del primer Papa latinoamericano de la historia.

Aunque la ocasión de la Exhortación es la respuesta a las proposiciones que los Padres sinodales le habían presentado, al concluir el Sínodo sobre la “Nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”, el Santo Padre aprovecha esta oportunidad para ofrecer a toda la Iglesia las principales propuestas pastorales de su pontificado.

Con su estilo directo, con un lenguaje inteligible para todos los públicos y con la libertad de un hombre de Dios, el papa Francisco pretende poner a la Iglesia en una nueva etapa evangelizadora. Para afrontarla con alegría evangé-

lica, “con fervor y dinamismo”, todos los cristianos necesitamos un nuevo aliento y una nueva orientación. La necesaria renovación de la conciencia misionera y la recuperación de la alegría para poder evangelizar exige una apertura a la trascendencia y una renovación de la espiritualidad. Por eso, el Papa hace una invitación llena de cariño a todos los cristianos y, especialmente, a quienes se han alejado de Dios a “renovar ahora mismo el encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso” (EG 3).

Partiendo de estos presupuestos y acogiendo de buen grado la invitación de los responsables de este encuentro, en mi exposición voy a centrarme fundamentalmente en la reflexión del Papa sobre la “exclusión e inclusión social de los pobres”. Esta nueva realidad, en la que tantos hermanos experimentan dolor, sufrimiento y marginación, exige a la Iglesia tener especialmente en cuenta algunos acentos en su misión evangelizadora pues, aunque la Exhortación no es un documento social, sí nos recuerda que es preciso impulsar con decisión la dimensión social de la fe para dar respuesta evangélica a los nuevos retos sociales. Al final de la exposición, intentaré hacer algunas propuestas más concretas, pensando fundamentalmente en la acción evangelizadora de la Iglesia, por si parece oportuno tomarlas en consideración.

I. CONTEMPLACIÓN DE LA REALIDAD

1. Diferencias alarmantes entre ricos y pobres

Algunos intelectuales señalan que estamos viviendo en la era del conocimiento y de la información. En la actualidad no existen distancias entre unos continentes y otros. Los medios de comunicación y, sobre todo, las nuevas redes sociales nos conectan en segundos a unos con otros. Estas redes sociales tienen muchas ventajas, pero en bastantes ocasiones se convierten en nuevas formas de poder anónimo, del que no pueden participar las clases más humildes de la sociedad (cf. EG 52).

Sin duda es preciso reconocer y alabar los avances científicos y técnicos que están favoreciendo en gran medida el bienestar de la humanidad en los campos de la salud, de la educación y de la comunicación. Pero, no deberíamos olvidar que la mayoría de los hombres y mujeres del mundo, en la actualidad viven precariamente el día a día.

En muchos países pobres o en vías de desarrollo persiste la extrema inseguridad de la vida debido a la falta de alimentos. El hambre causa aún en nuestros días muchas víctimas a las que se les niega la posibilidad de sentarse a la mesa de sus señores y tienen que conformarse con las migajas sobrantes. Concretamente, en estos momentos, una de cada ocho personas muere en el mundo a causa del hambre, cuando los estudios nos dicen que sobran alimentos para todos, si estos estuvieran bien distribuidos.

Como consecuencia de esta situación de extrema pobreza y de la carencia de alimentos para poder subsistir, el miedo, el sufrimiento y la desesperación se apoderan del corazón de numerosas personas, incluso en algunas zonas marginales de los países ricos. Estos hermanos tienen que luchar para vivir y, a menudo, para vivir con poca dignidad (cf. EG 52).

2. Economía de la exclusión

Además de estas diferencias abismales entre ricos y pobres, provocadas por la imposibilidad de acceder a los avances de la ciencia y a los progresos de la técnica por parte de muchas personas, es necesario constatar que la actual orientación de la economía mundial contribuye a agravar las desigualdades y la pobreza de los más pobres. La economía, favorecida por el juego de la competitividad y por la ley del más fuerte, genera exclusión, descarte e inequidad. Como consecuencia de la actuación de quienes detentan el poder económico, grandes masas de población se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes y sin salida.

Es más, esta economía de la exclusión y de la inequidad está en la base del desprecio de la persona y de la pobreza, llegando incluso a matar a muchos seres humanos. El Papa, al contemplar esta realidad, con su estilo directo nos invita a reaccionar frente a estas rutinas provocadas por la sociedad del bienestar: “Así como el mandamiento de “no matar” pone un límite claro para asegurar el valor de la vida humana, hoy tenemos que decir “no a una economía de la exclusión y de la inequidad”. Esa economía mata. No puede ser que no sea noticia un anciano que muere de frío en la calle y que sí lo sea una caída de dos puntos en la bolsa. No se puede tolerar que se tire la comida, cuando hay gente que pasa hambre” (EG 53).

En esta realidad, el ser humano es considerado como un objeto más de consumo que se usa mientras es necesario y se tira cuando no es productivo. “Ya no se trata simplemente de la explotación y de la opresión de la persona, sino de algo nuevo: la exclusión. Con ella queda afectada en su misma raíz la perte-

nencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está abajo o arriba, sino que se está fuera” (EG 53).

3. Globalización de la indiferencia

Ante esta realidad de pobreza o de extrema pobreza, los ciudadanos y los gobiernos de los países ricos permanecen indiferentes. Para no ceder un ápice al propio bienestar material, para defender los propios intereses y para sostener un estilo de vida egoísta y materialista se han instalado en la globalización de la indiferencia, aunque este modo de proceder deje en la cuneta de la vida a millones de personas.

Esta globalización de la indiferencia nos ha hecho duros de corazón e incapaces de compadecernos ante el sufrimiento y el clamor de los hermanos necesitados. Como decía el Papa en la isla de Lampedusa¹, al contemplar la muerte de cientos de inmigrantes, hemos perdido la capacidad de llorar ante el drama de nuestros semejantes y nos hemos desentendido de cuidarlos. Para tranquilizar la conciencia, pasamos la responsabilidad de estas situaciones a los otros o a los gobernantes de turno.

La cultura del bienestar y la búsqueda insaciable de bienes materiales “nos anestesia, mientras las vidas de tantas personas truncadas por la falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que no nos altera” (EG 54).

4. Absolutización del consumo y del dinero

Sin duda son muchas las causas de esta situación. Además del relativismo y del profundo individualismo presente hoy en las relaciones sociales, una de las causas más profundas de esta situación está en la relación que hemos establecido con el dinero, aceptando que sea nuestro dios y, por tanto, que llegue a dominar y a condicionar nuestra vida y nuestros comportamientos con los demás.

Si nos paramos a analizar la crisis económica y financiera que está afectando con tanta dureza a España y a otros muchos países del mundo en estos últimos años, podemos concluir que, más allá de la misma, hay una profunda crisis de valores y una honda crisis antropológica, llegando incluso a la negación de la primacía del ser humano.

¹ Francisco, *Homilía en Lampedusa*, 8 de julio de 2013.

En última instancia, tendríamos que reconocer que la crisis actual ha sido provocada por la arrogancia, la avaricia y la codicia de unos cuantos. De ahí que haya llegado a ser una crisis de civilización o, como nos decía Benedicto XVI, una crisis “ética y cultural”.

Detrás de la crisis está la adoración del becerro de oro, el nuevo ídolo del dinero, al que se le presta culto y adoración. Esto, sin darnos cuenta de ello, nos impide ser libres y nos incapacita para tratar al otro como persona, con dignidad y con derechos. En ocasiones, basta ver los telediarios para llegar a la conclusión de que estamos bajo la dictadura de una economía sin rostro y sin objetivos verdaderamente humanos.

La crisis económica y financiera reduce al ser humano a una sola de sus dimensiones: el consumo. No importan otros valores necesarios para el desarrollo integral de la persona y tampoco importa la situación de aquellos seres humanos que puedan quedar tirados al borde del camino por falta de recursos o porque no tienen posibilidades y fuerzas para hacer frente a las necesidades de cada día.

Estos desequilibrios económicos entre ricos y pobres se ven favorecidos en la actualidad por la defensa a ultranza de la autonomía absoluta de los mercados, por la especulación financiera y por la corrupción generalizada que ha asumido dimensiones mundiales. Es más, las ideologías que defienden la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera pretenden negar el control económico de los estados, cuya principal misión consiste en velar por el bien común de la sociedad.

Detrás de esta actitud de los poderosos financieros se esconde el rechazo de la ética y, por supuesto, el desprecio de Dios. Dios y la ética no interesan porque relativizan el dinero y el poder, porque condenan la manipulación y degradación de la persona. Como consecuencia de ello, el dinero en vez de servir a la sociedad, se convierte en un absoluto y, por tanto, es el que gobierna la sociedad y los comportamientos políticos.

La denuncia de las situaciones de injusticia y la invitación a actuar con criterios éticos, respetando la dignidad y los derechos de las personas genera protestas y críticas, que hemos de esperar. Dice el Papa: “Cuántas palabras se han vuelto molestas para este sistema! Molesta que se hable de ética, molesta que se hable de solidaridad mundial, molesta que se hable de distribución de los bienes, molesta que se hable de preservar las fuentes del trabajo, molesta que se hable de la dignidad de los débiles, molesta que se hable de un Dios que exige un compromiso por la justicia” (EG 203).

5. Inequidad del sistema económico

Por lo dicho hasta aquí, es fácil concluir que el actual sistema económico no sólo genera tremendas injusticias, sino que produce también violencia en la convivencia diaria en algunos países de la tierra. Por lo tanto, mientras no se tomen en serio la exclusión y la inequidad (la desigualdad) en el seno de la sociedad y entre los distintos pueblos de la tierra, será imposible la erradicación de la violencia, pues ésta no surge sólo de la inequidad de los excluidos del sistema, sino del mismo sistema social y económico que es injusto en su misma raíz.

Un mal enquistado en una sociedad tiene siempre un potencial de disolución y de muerte. Por eso el consumismo desenfrenado, unido a la inequidad, es doblemente dañino para la convivencia humana y para el tejido social. El cáncer social de la corrupción es irritante para todos los que son marginados por parte de los gobiernos, sean de una u otra ideología.

Hasta que no cambien de signo la exclusión y la inequidad, que generan violencia en la sociedad, será imposible erradicarla y encontrar seguridad en la convivencia. “Cuando la sociedad –local, nacional o mundial– abandona en la periferia una parte de sí misma, no habrá programas políticos o recursos policiales o de inteligencia que puedan asegurar definitivamente la tranquilidad.” (EG 59).

Refiriéndose a este tema, en la homilía con ocasión de las Vísperas solemnes de la Solemnidad de Santa María, Madre de Dios, el Papa hacía un llamamiento para “defender al pobre y no defenderse de él”, “para defender a los débiles y no servirse de ellos”. Y decía: “Una sociedad que ignora a los pobres, los persigue, los criminaliza, esa sociedad se empobrece hasta la miseria, pierde la libertad, prefiere el ajo y la cebolla de la esclavitud de su egoísmo, y esa sociedad deja de ser cristiana. Los pobres y los débiles son el tesoro de la Iglesia y de la sociedad”².

II. LA IGLESIA ANTE LA EXCLUSIÓN SOCIAL DE LOS POBRES

En medio de esta realidad de injusticia, que excluye a tantas personas en nuestros días, la Iglesia tiene que asumir con gozo la misión evangelizadora confiada por su Señor. Pero, ¿cómo evangelizar? ¿qué decir? Para poder evangeli-

² Francisco, *Homilía en las I Vísperas de la solemnidad de Santa María Madre de Dios*, Basílica Vaticana, 31 de diciembre de 2014.

zar, los cristianos no podemos cerrar los ojos ante la realidad. Hemos de asumirla y amarla, aunque haya cosas que nos disgusten. Además, como todos sabemos muy bien, para poder evangelizar, la Iglesia y, por tanto, cada cristiano necesitamos ser evangelizados, dejarnos evangelizar. No podemos proponer a los demás la Buena Noticia, si antes no estamos dispuestos a acogerla en la mente y en el corazón, dejándonos transformar interiormente por ella.

1. La Iglesia no puede renunciar a evangelizar

Ante las dificultades para la evangelización y ante la falta de respuesta al mensaje, no podemos encerrarnos en nosotros mismos ni podemos relegar la religión al interior de la conciencia y el Evangelio a la sacristía, como algunos pretenden. La Iglesia, cumpliendo el encargo de su Señor, no puede renunciar a evangelizar, no puede dejar de dar buenas noticias de parte de Dios a quienes las reciben malas de la vida y de las constantes injusticias que experimentan cada día.

La dimensión histórica, social y pública de la evangelización, nace del corazón del Evangelio y “nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos... Una auténtica fe –que nunca es cómoda o individualista– siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la Tierra” (EG 183).

A la hora de concretar su misión evangelizadora, la Iglesia no sólo propone la buena noticia de la salvación de Dios en Jesucristo, sino que ofrece también plenitud de sentido para orientar la existencia y acogida comunitaria para ayudar a salir del anonimato. Además, la comunidad cristiana ofrece a sus miembros la posibilidad de participar en la vida sacramental, en la liturgia y en la catequesis para encontrar luz en el camino y fortaleza en medio de las dificultades. A la Iglesia le corresponde “transmitir convicciones” y “contagiarlas” sin proselitismo, mediante el testimonio de la palabra y de las obras (cf. EG 241).

Esto exige una Iglesia en salida misionera, con las puertas siempre abiertas, es decir, una Iglesia que abre sus puertas a los que están dentro para que salgan y que asimismo las mantiene abiertas para cuantos, movidos por la misericordia de Dios, quieran entrar. En este sentido, la Iglesia, lejos de ser una aduana de control, debe arriesgarse a ser la casa paterna para tantos hijos pródigos necesitados de misericordia. Miles de personas esperan que la Iglesia les mues-

tre a Jesucristo para poder cicatrizar sus heridas, para mantener viva la esperanza y para experimentar el calor de su amor en lo más profundo del corazón.

Si la Iglesia permaneciese en actitud de salida hacia todos los hombres mostrando la alegría del Evangelio y concretando su misión especialmente en la acogida y acompañamiento a los más pobres provocaría una gran revolución social, la “revolución del amor y de la ternura”, no la revolución generada por la “lucha de clases”. Esto no quiere decir que la revolución provocada por la ternura no sea una lucha pues, cuando se toma en serio la misericordia y la ternura de Dios en la evangelización, puede llegar a poner en riesgo incluso la propia vida (cf. EG 24 y 48).

Por fidelidad a las enseñanzas y a la actuación de su Señor, la Iglesia no puede dejar de salir y de anunciar. “Es vital que hoy la Iglesia salga a anunciar el Evangelio a todos, en todos los lugares, en todas las ocasiones, sin demoras, sin asco y sin miedo. La alegría del Evangelio es para todo el pueblo, no puede excluir a nadie” (EG 23). Hoy sólo podrán hacer este anuncio discípulos misioneros, evangelizadores con Espíritu, cercanos al pueblo, con un corazón de carne y con fuerza interior para no caer en las tentaciones de la acedia y de la mundanidad.

2. Opción preferencial por los pobres en la evangelización

El dinamismo evangelizador debe llegar a todos los hombres pero, cuando nos paramos con actitud contemplativa ante la Palabra de Dios, descubrimos una propuesta contundente y que no admite glosas: “*Cuando des un banquete, llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos; y serás dichoso, porque no te pueden corresponder, pues se te recompensará en la resurrección de los justos*” (Lc 14,13-14).

Los cristianos, a la hora de evangelizar, hemos de actuar en todo momento con la profunda convicción de que los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio y la evangelización dirigida directamente a ellos es signo de la presencia del Reino, que Jesús vino a traer. Hay que decir que existe una vinculación inseparable entre Jesús y los pobres: “Nunca los dejemos solos” (EG 48).

En sus discursos, mensajes y homilias, y sobre todo en la Exhortación *Evangelii gaudium*, el Papa, con sus gestos y palabras, nos está recordando a todos los cristianos la urgencia de hacer esta opción preferencial por los pobres, asumiendo que esta decisión debe hundir sus raíces en la contemplación de los comportamientos del Señor. En Él se hace patente esta opción por los pobres

desde el primer momento de su misión: “*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha enviado a anunciar la Buena Nueva a los pobres*” (Lc 4,18).

Esto implica valorar al pobre en su bondad propia, con su forma de ser, con su cultura, con su modo de vivir la fe. El verdadero amor, que siempre es contemplativo, nos permite servir al otro no por necesidad o por vanidad, sino porque él es bello, más allá de su apariencia. “El pobre, cuando es amado, es estimado como de alto valor”.

Este amor, que se realiza a fondo perdido, sin esperar la respuesta de la persona amada, es el que hace auténtica la opción por los pobres al margen de cualquier ideología, de cualquier intento de utilizarlos al servicio de intereses personales o políticos. Sólo desde esta cercanía real y cordial podemos acompañar adecuadamente a los necesitados en su camino de liberación y sólo así será posible que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como en su casa. “¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la Buena Nueva del Reino?”, se pregunta el papa Francisco (cf. EG 199).

3. Recuperar la dimensión evangelizadora de la caridad

En su día, el papa Benedicto XVI, al meditar las enseñanzas evangélicas y contemplar el testimonio creyente de las primeras comunidades cristianas, afirma en la encíclica *Deus Caritas est*:³ “La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (*kerygma-martyria*), celebración de los sacramentos (*leiturgia*) y servicio de la caridad (*diakonia*). Son tareas que se implican mutuamente y que no pueden separarse una de otra” (DCE 25).

Si partimos de estas enseñanzas del Papa emérito, vemos que la naturaleza y la misión evangelizadora de la Iglesia deben abarcar el anuncio de la Buena Nueva de la salvación de Dios, la celebración de la fe en la liturgia y la práctica de la caridad. Sólo de este modo podrá manifestar al mundo su naturaleza, su ser y su identidad más profunda.

En contra de lo que algunos cristianos piensan, la actividad caritativa no puede ser algo optativo u opcional en la misión evangelizadora de la Iglesia y en la vida espiritual de los cristianos. “Para la Iglesia la caridad no es una especie de actividad de asistencia social, que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia” (DCE 25).

³ Benedicto XVI, *Carta encíclica ‘Deus Caritas est’*, Roma, 2005.

Por tanto, la práctica de la caridad es una exigencia para cada cristiano y para toda la comunidad cristiana: “El amor al prójimo, enraizado en el amor a Dios, es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial... También la Iglesia, en cuanto comunidad, ha de poner en práctica el amor” (DCE 20).

Asumiendo cordialmente estas reflexiones del papa Benedicto, los cristianos deberíamos actuar siempre con la profunda convicción de que la caridad es responsabilidad y tarea de todo el Pueblo cristiano: de los sacerdotes, religiosos y cristianos laicos. No podemos seguir pensando, como sucede en ocasiones, que la práctica de la caridad es una tarea individual del cristiano, dejada a la buena voluntad de cada uno. La caridad es un servicio que pertenece a la misma esencia y naturaleza de la Iglesia y nos obliga a todos, porque el mandamiento del amor no ha sido dado para unos pocos, sino para cuantos se confiesan seguidores del único Maestro.

Los cristianos, en virtud del bautismo, somos enviados al mundo con el encargo de anunciar y dar testimonio de que “Dios es amor” y es sensible a nuestras vicisitudes humanas. Ahora bien, este anuncio, que es la primera caridad, hoy corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de las palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día, si falta el testimonio de la cercanía a los pobres (cf. EG 199).

Por lo tanto, el compromiso de los cristianos con los pobres y marginados de la sociedad no puede reducirse únicamente a simples programas de promoción y de asistencia, pues lo que el Espíritu impulsa en nosotros no es un desborde activista sino, ante todo, una “atención” puesta en el otro, considerándolo uno conmigo (cf. EG 199).

Cuando nos fijamos en la práctica caritativa de nuestras comunidades, parece evidente que existe un desequilibrio entre la dedicación a la catequesis y a la liturgia, si la comparamos con la actividad caritativa. En la predicación podemos estar pidiendo colaboración económica para paliar las necesidades de los pobres, pero no siempre pedimos unos comportamientos con ellos de acuerdo con las enseñanzas de Jesús y con su estilo de vida.

4. Profundizar en la dimensión social de la fe y de la evangelización

El encuentro con Cristo en la oración nos recuerda a quienes nos confesamos seguidores suyos que siempre somos misioneros y que en el corazón de Dios hay un lugar preferencial para los pobres, hasta el punto de que “*Él mismo, sien-*

do rico, se hizo pobre para enriquecernos a todos con su pobreza” (II Cor 8,9). Además, los pobres aparecen en el centro del corazón de Dios y en el centro de la predicación de Jesucristo: *“Felices vosotros los pobres porque el Reino de Dios os pertenece”* (Lc 6,20).

La contemplación de los millones de hombres y mujeres, que viven en condiciones de precariedad y de exclusión en el mundo actual, tiene que ayudarnos a hacer una serena reflexión sobre el verdadero sentido de la evangelización, de la caridad y de la encarnación en el mundo. Hoy ya no bastan los planes asistenciales para resolver los problemas de los pobres, sino que son necesarias reformas estructurales.

Es más, la verdadera evangelización se desfigura, si no tiene una clara dimensión social, pues en el corazón mismo del Evangelio está la preocupación por la vida comunitaria y el compromiso con los otros, especialmente con los más pobres. La Iglesia, desde sus orígenes, ha permanecido siempre atenta a las carencias materiales y espirituales de todos los seres humanos.

Por lo tanto, los cristianos hemos de superar las reticencias y el miedo a tratar los temas sociales. En ocasiones, algunos parecen considerarlos ajenos a la fe y a la pastoral. Cuando esto sucede, ante todo deberíamos preguntarnos por nuestro conocimiento o desconocimiento de la realidad, en la que viven los hombres y mujeres a los que somos enviados para ofrecerles el amor y la salvación de Dios.

En cualquier caso, no deberíamos olvidar nunca que la relación existente entre el anuncio del Evangelio y el amor fraterno hay que concretarla en la vida diaria. No se puede reservar para situaciones excepcionales. Dirá el Papa: *“¡Qué peligroso y qué dañino es este acostumbamiento que nos lleva a perder el asombro, la cautivación, el entusiasmo por vivir el Evangelio de la fraternidad y la justicia! La Palabra de Dios enseña que en el hermano está la permanente prolongación de la Encarnación para cada uno de nosotros: ‘Lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, me lo hicisteis a mí’* (Mt 20,40)” (EG 179).

Para afrontar esta cruda realidad y para clarificar la actitud de la Iglesia ante la pobreza, hemos de centrarnos en el realismo de la dimensión social del Evangelio y en la contemplación de Cristo como Dios y hombre verdadero. Porque así como muchos quisieran un Cristo puramente espiritual, sin carne y sin cruz, estos mismos también pretenden relaciones impersonales con sus semejantes, solamente mediadas por aparatos sofisticados, por pantallas y sistemas que se pueden encender y apagar a voluntad.

El Evangelio, por el contrario, “nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo. La verdadera fe en Jesucristo, el Hijo de Dios hecho carne, es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura” (EG 88).

5. Conversión a Dios desde la escucha del clamor de los pobres

La conversión a Dios es un aspecto central de la predicación de Jesús. Él invita a todos a la conversión porque, con su venida, el Reino de Dios ha entrado ya en el mundo. Si no existe esta actitud de conversión, todos corremos el riesgo de perecer en nuestros pensamientos y criterios. La auténtica conversión lleva consigo una vuelta de toda la existencia a Dios.

Con sincera actitud de conversión, la Iglesia debería orientar constantemente sus proyectos y planes pastorales. En la acción pastoral no podemos ser nunca conformistas ni permanecer anclados en el pasado. La evangelización o la “nueva evangelización” con nuevo ardor, con nuevos métodos y con nuevas expresiones, nos pide una verdadera “conversión pastoral y misionera”, que “no puede dejar las cosas como están” ni puede limitarse al simple cambio de estructuras eclesiales (EG 25). La verdadera conversión ha de afectar a la mente, al corazón y al cambio de criterios para el impulso de la evangelización (EG 27).

Pero, además, no podremos avanzar en la conversión a Dios, si no escuchamos el clamor de los pobres. Desde cada pobre nos habla el Señor. El día 15 de diciembre, en la audiencia a la Delegación francesa de los “Amigos de Gabriel Rosset”, el Papa les decía: “La escucha del grito de los pobres no es otra cosa que el llamado del mismo Cristo sufriente: en las personas que ustedes sirven, ustedes tocan sus heridas y las curan, y al mismo tiempo ellos les ofrecen una enseñanza muy profunda porque a través de ellos ustedes encuentran a Jesús”⁴.

En ocasiones, nuestra fe vacilante nos impide ver a Dios en los necesitados y escuchar sus lamentos: “Nos hemos olvidado de llorar” y “nos hemos instalado en la globalización de la indiferencia” y en la “cultura del descarte” (cf. EG 53-54). Por tanto, para dar pasos firmes y seguros en la inclusión social de los pobres debemos dejarnos afectar por sus sufrimientos. Esto supone tomar en

⁴ Francisco, *Discurso a la delegación de los “Amigos de Gabriel Rosset”*, Roma, 13 de diciembre de 2014.

serio la actitud del samaritano⁵: pararse, bajarse del caballo, acercarse al caído, curar sus heridas, subirle al caballo, llevarlo a la posada y pagar sus atenciones con la promesa de seguir estando cerca de él.

Esta actitud compromete la propia seguridad, compromete el dinero, el tiempo y la propia persona. Además, nos exige permanecer en actitud de salida a las periferias existenciales pero con rumbo fijo y con la visión clara de que en el camino habrá ocasiones en las que será preciso detener el paso para “mirar a los ojos y escuchar” o “renunciar a las urgencias para acompañar a quienes se quedaron tirados al borde el camino”. (EG 46).

“Hacer oídos sordos al clamor de los pobres, cuando nosotros somos instrumentos de Dios para escuchar al pobre, nos sitúa fuera de la voluntad del Padre” (EG 187). Es más, la falta de solidaridad con sus necesidades afecta directamente a nuestra relación con Dios: “*Si alguno que posee bienes del mundo, ve a su hermano que está necesitado y le cierra sus entrañas, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?*” (I Jn 3,17).

La ignorancia de los pobres conduce siempre al egoísmo y al olvido de sus problemas. Quien ignora a los pobres, además de despreciar sus muchas enseñanzas para la vida personal, olvida las propias pobreza y no podrá nunca remediarlas porque en el fondo se considera superior a ellos por el simple hecho de tener más bienes materiales.

III. ACCIONES DE LA IGLESIA

PARA LA INCLUSIÓN SOCIAL DE LOS POBRES

Las enseñanzas del papa Francisco y su testimonio personal nos invitan a poner los medios para hacer posible una Iglesia pobre para los pobres y a empeñarnos de veras por la construcción de un mundo mejor. Aunque los cristianos sabemos muy bien que la organización de la justicia en el mundo corresponde al Estado, sin embargo, en virtud de la vocación bautismal, debemos cooperar a su implantación, teniendo presente que el hombre, además de justicia, necesita amor. Todos los cristianos, también los pastores, tienen que preocuparse por la construcción de un mundo mejor, pues la tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos (cf EG 183).

⁵ Cf. Lc 10,29ss.

Además, la Iglesia, como ya nos recordaba el Concilio Vaticano II, debe hacer suyas las alegrías y las tristezas, los sufrimientos y las esperanzas de todos los hombres, especialmente de los más necesitados y de quienes se sienten lesionados en sus derechos. Por eso en estos momentos los cristianos no podemos cerrar los ojos ante el escándalo de que existan alimentos suficientes para todos en el mundo y tengamos que lamentar la muerte de niños, jóvenes y adultos en distintos rincones del planeta debido a la mala distribución de los bienes de la tierra (cf. EG 191).

La preocupación de los cristianos no puede centrarse únicamente en no caer en errores doctrinales. Hemos de poner los medios para no caer en la “globalización de la indiferencia” ni ser cómplices con nuestro silencio ante las situaciones de injusticia y de inequidad que constatamos en los comportamientos sociales con los pobres: “A los defensores de la ortodoxia se dirige a veces el reproche de pasividad o de complicidad culpable respecto a situaciones de injusticia intolerables” (EG 194).

Partiendo de aquí, considero que hay algunas acciones que la Iglesia debería cuidar especialmente en el ejercicio de la actividad caritativa, en el compromiso evangelizador y en la búsqueda de caminos para la inclusión social de los marginados por la sociedad.

1. Leer la realidad con los ojos de Dios

Los cristianos, al preguntarnos lo que tendríamos que hacer por los demás, especialmente con las personas marginadas, debemos responder siempre desde la escucha y desde la relación viva con Cristo. Este encuentro con Dios, por medio de la Iglesia, nos ayudará a salir de nuestros egoísmos para ir al encuentro con el prójimo.

Cuando nos ponemos ante la Palabra de Dios, descubrimos que lo apóstoles antes de vivir la caridad con sus semejantes, se dejan fascinar por el encuentro y el seguimiento del Maestro. Por eso, si no partimos de este encuentro, todo lo que hagamos con los demás puede quedarse en simple moralina.

Seguramente no debemos ir todos a países de misión para encontrarnos con la pobreza material y espiritual, pero todos podemos estar atentos a las muchas pobreza que existen en nuestra comunidad de vecinos, en el lugar de trabajo o en nuestra propia familia. Conocer y descubrir las pobreza de nuestro entorno nos impulsará a salir al encuentro de los pobres para amarlos y servirlos. Sólo entonces comenzaremos a actuar como Jesús y a vivir el Evangelio.

Cuando escuchamos y contemplamos la actuación de Jesús con los demás, aprendemos a hacer una lectura teológica de la realidad. Y esto nos ayuda a ver las cosas con los criterios de Dios, que mira siempre desde los últimos. “La tarea esencial de la evangelización incluye la opción preferencial por los pobres, la promoción humana integral y la auténtica liberación cristiana”⁶.

La beata Madre Teresa de Calcuta, partiendo de su experiencia personal, nos pone en el camino de las nuevas pobrezas y en la necesidad de prestar especial atención a aquellas que no dependen solamente de la ayuda material. “La pobreza material –decía ella– se puede satisfacer con lo material. Pero los que no son queridos, los abandonados, los solitarios... esta es la pobreza más profunda hoy, y la que está más oculta”.

2. Prestar especial atención a la acogida

La buena acogida lleva consigo el atender al otro en sus necesidades reales y no quedarnos simplemente en las necesidades imaginarias. Para ello es preciso preguntar a los pobres por sus necesidades y escucharlos con mucho cariño, pero sin suplirlos. En ningún caso podemos “decidir como si los pobres no existieran” (EG 80).

El papa San Juan Pablo II, al comienzo del milenio, nos recordaba que era necesaria una nueva imaginación de la caridad para que nadie se sintiese humillado al recibir nuestra limosna (cf. NMI 50). Esto nos obliga a valorar a los necesitados en su dignidad para que “se sientan en la Iglesia como en su casa” (EG 199), y para que la vean como “la casa paterna donde hay siempre lugar para cada uno con su vida auestas” (EG 47).

Cuando acogemos con cariño a los necesitados y descubrimos en ellos la presencia del Señor, habrá muchos casos, sobre todo hoy, en los que será preciso seguir ofreciendo alimentos o vestido, pero habrá que hacerlo de otro modo mucho más respetuoso con su dignidad, actuando más coordinadamente y ayudándoles a generar redes de apoyo mutuo.

En la acogida hay que formular siempre la pregunta: ¿Qué puedo hacer por ti? No podemos suplantar nunca la voz de los que no tienen voz, pues en ocasiones con la mejor voluntad podemos ofrecerles lo que no han pedido y lo que tal vez no necesitan en ese momento.

⁶ V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, *Documento de Aparecida*, 29 de junio de 2007, n. 146.

3. Superar divisiones entre lo asistencial, lo promocional y la denuncia profética

En la atención a los pobres y necesitados no podemos olvidar nunca el mandato evangélico que nos recuerda que “hemos de darles de comer”, pero hemos de hacerlo con exquisito respeto a cada persona, procurando conocer y desarrollar siempre las capacidades, los talentos y las cualidades de quienes se acercan a nosotros para presentarnos sus problemas y necesidades, haciéndoles saber los derechos que tienen como personas y como ciudadanos.

Entre la acogida, la atención básica, la promoción y la denuncia profética debe haber continua interrelación. Para ello, hemos de tener muy presente que la acción social tiene una dimensión personal y otra dimensión estructural. Si la primera, es decir, la atención personal exige escuchar, acoger, sanar, cuidar, atender y compartir, la segunda, la dimensión estructural, requiere la acción social de la Iglesia y ésta ha de estar siempre al servicio del bien común y de la justicia social. En este sentido, el Papa afirma: “La solidaridad cristiana implica tanto la cooperación para resolver las causas estructurales de la pobreza como los gestos más simples y cotidianos de solidaridad ante las miserias muy concretas que encontramos” (EG 188).

Ante los muchos problemas del mundo de hoy y ante las extremas pobrezas de tantos hermanos nuestros, corremos el riesgo de pensar que no podemos hacer nada. En verdad no podemos resolver todos los problemas de los demás, pero sí podemos mitigar sus sufrimientos y esto es lo que Dios quiere y espera de nosotros. La Madre Teresa de Calcuta solía decir que “Si nuestros pobres mueren de hambre no es porque Dios no se preocupe de ellos, sino más bien porque ni tú ni yo somos lo suficientemente generosos; porque no somos instrumentos de amor en las manos de Dios”.

Ciertamente nosotros no vamos a salvar el mundo, pues el único que lo salva es Dios, pero Él quiere hacerlo a través de nosotros, contando con nuestra colaboración y haciéndonos ver que Él está presente en los necesitados. Cuando salimos al encuentro del pobre, Dios ya está allí, en su persona, aunque esté de forma oculta. Desde los pobres, Dios nos dice: No me dejes solo, no me abandones. Todo lo que hicisteis por cada uno de mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis. (cf. Mt 25,40).

4. Defensa de los derechos humanos

Todos sabemos muy bien que los derechos humanos siguen presentes en las declaraciones de los mandatarios de la mayor parte de las naciones y, por

tanto, están impresos en el papel, pero en la actualidad son atacados, olvidados y despreciados.

Concretamente, la crisis económica y financiera de los países desarrollados está siendo utilizada en bastantes países como coartada política para liquidar derechos económicos, sociales y culturales. “Lamentablemente, aun los derechos humanos pueden ser utilizados como justificación de una defensa exacerbada de los derechos individuales o de los derechos de los pueblos más ricos” (EG 190).

En ocasiones, todos podemos constatar que la concesión o la retirada de derechos dependen en muchos casos de los recursos económicos existentes. Si existen recursos, se otorgan. En caso contrario, dejan de tener vigor o quedan a merced de los criterios selectivos de las autoridades políticas de turno: ser nativo o extranjero.

Para actuar con justicia y no caer en la defensa a ultranza de los propios derechos, incluso para saber renunciar a algunos, los países desarrollados deberíamos ampliar la mirada y abrir los oídos al clamor de otros pueblos o de otras regiones de nuestro país.

Las víctimas de esta situación de marginación por no ver respetados sus derechos esperan y necesitan reconocimiento y acompañamiento humano personalizado. La Iglesia es experta en este acompañamiento pues tiene la experiencia de haberlo hecho a lo largo de los siglos. Ella, que ha acompañado a la humanidad en momentos de dureza y de prolongada soledad, “sabe de esperas largas y de aguante apostólico. La evangelización tiene mucho de paciencia, y evita maltratar límites” (EG 24).

Además, los cristianos hemos de tener presente que uno de los derechos fundamentales de quienes acuden a nosotros es el derecho a vivir y actuar de acuerdo con sus convicciones religiosas. Por eso hemos de estar dispuestos a ofrecer a estos hermanos la ayuda necesaria para que descubran el verdadero sentido de la vida mediante la oferta del Evangelio y la fascinación de la fe.

El papa Francisco, cuando piensa en la atención y el cuidado de los pobres, le da mucha importancia a su atención espiritual, puesto que ellos están especialmente predispuestos. Con una mirada respetuosa y llena de fe a cada ser humano hemos de ayudarles a liberarse y a madurar en la vida cristiana (cf. EG 169). Como nos decía el Papa emérito, La prudencia pastoral indicará cuando es necesario hablar y cuando callar y dejar que hablen sólo a las obras (cf. DCE 31).

En ocasiones, la cercanía afectiva y efectiva a las víctimas de la pobreza puede librarnos de las ideologías y ayudarnos a superar el asistencialismo que, con frecuencia, puede legitimar el que las cosas sigan como están.

5. Favorecer la amistad con los pobres

El papa Francisco, en la audiencia ya citada a la Delegación de los Amigos de Gabriel Rosset y de la Asociación Foyer Notre Dame des Sans-Abri les decía que valoraba su empeño por “los más pobres, por las personas que la sociedad rechaza, que no tienen un techo ni algo para alimentarse, no tienen trabajo y, por tanto, tampoco dignidad”⁷.

Los pobres nos necesitan y hemos de estar atentos a sus muchas necesidades, pero no debemos olvidar nunca que los excluidos son “vicarios de Cristo” y, por lo tanto, necesitamos descubrir en ellos al mismo Cristo, “tocar en ellos la carne de Cristo”. No se trata de hacer cosas o prestar ayudas sino de realizar un auténtico ejercicio de fraternidad, de amistad verdadera y de “acompañamiento pastoral” (EG 70).

En este sentido, el papa Francisco nos dice: “Estamos llamados a ser sus amigos (de los pobres) y a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misericordiosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos” (EG 198). Este planteamiento nos obliga a situarnos como es debido en el ejercicio de la caridad. Nosotros, seres inteligentes, poderosos y bien formados, no podemos acercarnos a los marginados considerándolos seres inferiores.

Independientemente de nuestra raza, ideología o posición social, todos tenemos la misma dignidad humana y, como hijos de Dios, debemos custodiarlos como hermanos. Por tanto, no podemos socorrer desde arriba, esto no es evangélico. Tiene que haber un intercambio en el que cada uno ofrezca al otro lo que Dios le ha dado.

En este enriquecimiento mutuo, nosotros tal vez podamos satisfacer las necesidades básicas de tipo material o decir una palabra de aliento a los pobres. Ellos, a cambio, nos recuerdan lo que es esencial en la vida. Los pobres nos aportan valores que ellos atesoran especialmente: la solidaridad, la acogida, la austeridad, la capacidad para ser felices sin depender del dinero, el regalo del cariño y la ternura. Pero, sobre todo, los pobres nos evangelizan cuando se ponen a compartir con nosotros la riqueza de la fe en Jesucristo.

⁷ Francisco, *Discurso a la delegación de los “Amigos de Gabriel Rosset”*, Roma, 13 de diciembre de 2014.

Creados a imagen y semejanza de Dios, que es amor, estamos hechos para salir de nosotros mismos, para vivir la fraternidad y para entregar nuestra vida a Dios y a los hermanos. Aunque sabemos que este es el camino, con frecuencia encontramos excusas para no dar pasos, pues nos afectan las secuelas del pecado original que nos llevan al egoísmo y al individualismo. Cuando nos cerramos en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien” (EG 2).

6. Denuncia profética

Los cristianos hemos de actuar siempre con la convicción de que la pobreza no es fruto del destino ni un fatalismo inevitable, sino un mal a erradicar. Tiene unas causas que la generan y por eso hay responsables y víctimas de la misma. Detrás de la pobreza hay mecanismos económicos, financieros, sociales, políticos..., nacionales e internacionales. Por lo tanto, la lucha contra la pobreza nos exige indagar en las causas y mecanismos que la originan y, de alguna manera, la consolidan.

Por lo tanto, aunque la principal misión de la Iglesia consiste en el anuncio de buenas noticias “con audacia y entrega esperanzada” (EG 109), la lectura creyente de la crisis nos obliga a la denuncia. Nadie como la Iglesia tiene libertad para ejercer esta denuncia pública. Las situaciones de injusticia, marginación y exclusión deben ser denunciadas y no podrán acallarse a la fuerza (cf. EG 74). La Iglesia no puede permanecer muda ante tanto sufrimiento e injusticia. “No podemos volvernos cristianos almidonados, esos cristianos demasiado educados que hablan de cosas teológicas, mientras toman el té tranquilos”⁸.

El amor cristiano impulsa a denunciar las injusticias y a la defensa de los que son excluidos o sufren a causa de la inequidad: “Hoy, cuando la persona es rechazada porque no rinde más, Dios al contrario reconoce siempre en ella la dignidad y la nobleza de un hijo amado. El pobre es el preferido del Señor, está en el centro del Evangelio”⁹.

Pero, no podemos conformarnos con la denuncia. Para favorecer la inclusión social de los pobres, hemos de aportar soluciones a las situaciones de marginación y pobreza. En este sentido hemos de atender la formación humana y

⁸ Francisco, *Discurso en la Vigilia de Pentecostés con los movimientos eclesiales*, Roma, 18 de mayo de 2013.

⁹ Francisco, *Audiencia general*, Roma, 15 de diciembre de 2014.

espiritual, favorecer sus posibilidades de participación para que encuentren en la Iglesia un espacio comunitario, abierto y acogedor, donde ellos se sientan escuchados y protagonistas en la construcción de la sociedad y en su crecimiento y desarrollo personal.

Al pensar en la formación humana y espiritual de los pobres, no podemos dejar de analizar la actuación de la Iglesia y la de nuestras comunidades parroquiales en la formación de sus miembros para acoger evangélicamente a los necesitados y para ser testigos del amor de Dios. Tendríamos que preguntarnos: ¿Qué lugar ocupa la atención espiritual de los pobres en el ejercicio de la caridad? Es más, deberíamos plantearnos: ¿Qué lugar ocupa la formación espiritual de los profesionales y de los voluntarios de Cáritas como testigos del amor de Dios y como encargados de prestar la necesaria atención espiritual a los pobres?

IV. ACTUACIÓN DE LA IGLESIA CON OTRAS INSTITUCIONES PARA LA ERRADICACIÓN DE LA POBREZA E INCLUSIÓN DE LOS POBRES

En la lucha contra la pobreza, la Iglesia debe implicarse hasta llegar a combatir “las causas estructurales” de la misma. Cualquier comunidad eclesial que pretenda subsistir tranquila sin cooperar con eficiencia para que los pobres vivan con dignidad y para incluirlos a todos, corre el riesgo de la disolución, aunque hable de temas sociales o critique a los políticos. “Terminará sumida en la mundanidad espiritual, disimulada con prácticas religiosas, con reuniones infrecuentes o con discursos vacíos” (EG 207).

Los planes asistenciales, que siempre serán necesarios para dar respuesta a casos urgentes, sólo deberían ser respuestas pasajeras. Hemos de ser conscientes de que, mientras no se busquen soluciones radicales a los problemas de los pobres, renunciando a la autonomía absoluta de los mercados y de la especulación financiera, es decir, “atacando las causas estructurales de la inequidad, no se resolverán los problemas del mundo y en definitiva ningún problema. La inequidad es raíz de los males sociales” (EG 202).

Ahora bien, la Iglesia no puede resolver las causas estructurales de la pobreza, porque no es su misión. Sin embargo, sí debe poner todos los medios a su alcance para que quienes detentan el poder, como servicio al bien común de la sociedad, pongan los medios adecuados para la solución de estas causas. A tal fin, el Papa señala distintos actores en la inclusión social de los pobres, con los que la Iglesia debe mantener un diálogo fluido.

1. Diálogo ecuménico y diálogo con otras religiones

En la exhortación *Evangelii gaudium*, el Papa se presenta como un hombre profundamente dialogante. Por ello, pensando en la contribución a la paz y a la inclusión social de los pobres, señala que la Iglesia debe establecer un diálogo con los estados y un diálogo con la sociedad –que incluye el diálogo con la cultura y con las ciencias– y diálogo con otros creyentes que no pertenecen a la Iglesia católica.

Además, teniendo en cuenta que el mandamiento del amor abarca todas las dimensiones de la existencia, los pastores y los miembros de la comunidad cristiana tienen derecho a emitir opiniones sobre todo aquello que afecte a la vida de las personas, ya que la tarea de la evangelización implica y exige una promoción integral de cada ser humano.

Pensando en la evangelización y en la inclusión social de los pobres, la Iglesia no puede pensar sólo en su actuación institucional. Por ello ha de seguir impulsando el diálogo ecuménico, buscando la cooperación de todas las confesiones cristianas en la defensa de la dignidad de la persona y de sus derechos, favoreciendo de este modo la unidad de toda la familia humana.

Además, debe mantener también este diálogo con el Judaísmo, con el Islam y con otras religiones como condición necesaria para el logro de la paz en el mundo, para la comprensión mutua y para cooperar en la solución de las causas estructurales de la pobreza. En todos estos diálogos la Iglesia ha de mantener la propia identidad y procurar la adecuada formación intelectual de sus interlocutores (cf. EG 238-258).

2. Diálogo con otros actores sociales

La evangelización implica también un camino de diálogo con las instituciones sociales y con las personas de buena voluntad. En estos momentos, para procurar el bien común, para dar pasos en la inclusión social de los pobres y para cumplir con el servicio al pleno desarrollo del ser humano es preciso abrir caminos de encuentro y diálogo.

En estos encuentros, la Iglesia ha de hablar desde la fe, desde la experiencia de dos mil años de historia y desde la memoria viva de los sufrimientos de tantos hermanos. Además, debe actuar con la conciencia de que tiene mucho que aportar en el diálogo social, aunque con la necesaria humildad de quien sabe que “no tiene soluciones para todas las cuestiones particulares, pero siempre estará dispuesta a la defensa de la dignidad de la persona y a la búsqueda

del bien común. De este modo, puede transmitir convicciones que, con el paso del tiempo, pueden convertirse en acciones políticas” (EG 241).

Por otra parte, teniendo en cuenta que la responsabilidad en la inclusión social de los pobres no puede ser sólo de unos pocos, sino de todos (cf. EG 188), los cristianos hemos de pedir a las administraciones públicas que no se desentiendan de su responsabilidad y garanticen a todos un estado de bienestar.

Además, desde la experiencia que tiene del trato diario con las personas, la Iglesia ha de mantener el diálogo con las instituciones públicas para impulsar el desarrollo de políticas sociales, teniendo en cuenta la dignidad de la persona y el bien común de la sociedad. Nadie debiera autoexcluirse de esta responsabilidad, diciendo que “sus opciones de vida implican prestar más atención a otros asuntos. Esta suele ser una excusa frecuente en ambientes académicos, empresariales o profesionales e incluso eclesiales” (EG 201). La preocupación por los pobres y por la justicia social atañe a todo cristiano, aunque cada uno lo haga realidad desde el ambiente concreto en que se mueve (cf. EG 201).

3. Diálogo con los políticos

Junto a esta necesidad de diálogo con la sociedad en general, la Iglesia debería mantener un diálogo frecuente y fluido con los responsables de las finanzas y con los que detentan el poder político. Después de señalar que la orientación de la política económica no puede depender de los dictados de los mercados, sino de la búsqueda de la dignidad de la persona y del bien común de la sociedad, el Papa reconoce una especial responsabilidad a los políticos por su “altísima vocación” y porque el arte de la política es “una de las formas más preciosas de caridad, porque busca el bien común” (EG 205).

Teniendo en cuenta esta altísima vocación de los políticos, el Papa les invita a abrirse a la trascendencia para que sea Dios quien inspire sus planes y para que, desde esta apertura a las enseñanzas divinas, sea posible la formación de una nueva mentalidad política y económica entre quienes detentan el gobierno de las naciones que ayude a superar la dicotomía absoluta entre la economía y el bien común social (EG 205).

El Papa termina sus propuestas a los políticos, haciendo una oración por ellos: “Pido a Dios que crezca el número de políticos capaces de entrar en un auténtico diálogo que se oriente eficazmente a sanar las raíces profundas y no las apariencias de los males de nuestro mundo (...) Ruego al Señor que nos

regale más políticos a quienes les duela de verdad la sociedad, el pueblo, la vida de los pobres” (EG 205).

4. Diálogo con los responsables de las finanzas y empresarios

A los poderes financieros los asocia a los responsables de la política y les invita a “levantar la mirada y ampliar sus perspectivas, para procurar trabajo digno, educación y cuidado de la salud para todos los ciudadanos” (EG 205). Esta asociación de políticos y financieros está en consonancia con los vínculos y relaciones existentes en la actualidad entre política y mundo financiero. La experiencia diaria nos dice que las decisiones políticas están condicionadas y subordinadas a los poderes financieros.

A los empresarios, el Papa les pide también ampliar su visión de la realidad: “La vocación de un empresario es una noble tarea, siempre que se deje interpelar por un sentido más amplio de la vida; esto le permite servir verdaderamente al bien común, con su esfuerzo por multiplicar y volver más accesibles para todos los bienes de este mundo” (EG 203).

Según esta visión del Papa, la empresa no debe estar centrada únicamente en la consecución del puro beneficio económico. Además de velar por los derechos de los trabajadores, el empresario debe enmarcar el beneficio económico en la función social de la empresa al servicio de la sociedad.

Finalmente, en este diálogo fraterno con el fin de buscar la erradicación de la pobreza y la inclusión social de los pobres, el Papa, teniendo en cuenta la globalización de la economía, señala que ésta debería ser el arte de alcanzar la adecuada administración de la casa común, que es el mundo entero. Todo acto económico de envergadura, realizado en una parte del planeta repercute en el todo.

Por ello, ningún gobierno puede actuar al margen de una responsabilidad común. “Si realmente queremos afianzar una sana economía mundial, hace falta en estos momentos de la historia un marco más eficiente de interacción que, dejando a salvo la soberanía de las naciones, asegure el bienestar económico de todos los países, no sólo de unos pocos” (EG 206).

CONCLUSIÓN

El análisis de la realidad social y eclesial nos dice que es necesaria una profunda conversión y un cambio de mentalidad. Queda un largo camino por recorrer para que los poderosos, teniendo en cuenta las enseñanzas de Jesús, la necesidad de conservar el planeta y el respeto a la dignidad de cada persona, cambien de criterios en la relación con los pobres, en la búsqueda del bien común, en la orientación de la economía.

Este camino, además, no está exento de dificultades, pero si pensamos con criterios de solidaridad y de fraternidad universal, hemos de poner todos los medios a nuestro alcance para conseguirlo. De lo contrario las generaciones venideras se escandalizarán de la insensibilidad de la sociedad actual que antepone el beneficio económico a la dignidad de las personas, especialmente de las que sufren marginación.

En este camino no debemos olvidar nunca que Dios está con nosotros y alienta siempre nuestro camino de esperanza y de amor. Esto nos obliga a repensar la evangelización desde la convicción profunda de ser “discípulos misioneros” y desde la seguridad de que una Iglesia con espíritu es una Iglesia que se deja guiar por el Espíritu Santo.

SIGLAS UTILIZADAS

DCE	Benedicto XVI, Carta encíclica <i>Deus caritas est</i>
EG	Francisco, Exhortación apostólica <i>Evangelii gaudium</i>
NMI	Juan Pablo II, Carta apostólica <i>Novo millennio ineunte</i>